

POR SOFIA GARCIA-HUIDOBRO



La foto la tomó su hija Julieta Labatut y el perro se llama Kali. Ambas están en el último texto del libro, *El jardinero nocturno*.

BENJAMIN LABATUT
Un verdor terrible



La obstinación que mueve a sus personajes y su propia relación intensa con la escritura, atraviesan la obra del autor. Acaba de lanzar *Un verdor terrible*, título que ha despertado un contundente interés editorial a nivel internacional.

“Llevo más de siete meses viviendo arriba de la montaña. Vi morir las plantas de mi jardín, que son una de las cosas que más quiero, y luego las vi renacer en primavera. Tuve miedo, angustia, insomnio. Volví a terapia para sobrevivirme a mí mismo, y luego conocí a un sabio de la montaña que me curó de mis dolores de espalda y que me está enseñando a usar la katana, la espada japonesa, y me hace clases de jodo, *el camino del palo*”, con estas palabras Benjamin Labatut (40) cuenta cómo han sido estos meses de pandemia, viviendo en la naturaleza cordillerana junto a su mujer y su hija. *Un verdor terrible* (Anagrama, 2020) es su tercer libro y reconstruye historias de científicos y genios matemáticos tan imbuidos en la búsqueda del conocimiento que llegaron a extraviarse o a ser absorbidos por él. El gas mortal creado por Fritz Haber que se transformó en pesticida, el delirio de Alexander Grothendieck volcado en epifanías matemáticas, la singularidad de Schwarzschild resuelta en una carta manchada de guerra. Datos grandiosos que se suceden como pedazos de historia unidos por la escritura del autor. “Uso los mecanismos de la ficción y de la no-ficción para dar vida a ideas que son

altamente abstractas y difíciles de comprender, pero absolutamente fascinantes. La literatura permite que las personas entiendan, de una forma estética e intuitiva, aquellos aspectos de la realidad que exceden nuestra capacidad de raciocinio. Hay ficción en todos los textos, y por una buena razón: para dar sentido a las historias”, afirma el escritor.

“No quiero ser conocido”

Ser publicado por una editorial como Anagrama es un paso inmenso, pero *Un verdor terrible* además será traducido y editado por Suhrkamp (Alemania), Adelphi (Italia), Éditions du Seuil (Francia), Atlas Contact (Países Bajos), Pushkin Press (Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda) y Elsinore (Portugal).

Labatut nació en Rotterdam y durante su infancia vivió en La Haya, Lima y Buenos Aires, hasta que a sus catorce años llegó a Chile. Estudió periodismo en la Universidad Católica y mientras ejercía la profesión se obsesionó con ser escritor, con el inconveniente de ser incapaz de escribir. Finalmente lo logró. *La Antártica empieza aquí* (2012, Alfaguara) es su primer libro y está dedicado a Samir Nazal, poeta que lo ayudó a ser escritor. Luego vino un periodo de bloqueo que él define como un profundo estado de

confusión. De ahí salió con *Después de la luz* (2016, Hueders), donde reúne fragmentos de las vidas de personajes como Freud, Borges y Einstein. El libro, que no responde a una estructura convencional, generó interés y también críticas.

Con descartes de *Después de la luz* se comenzó a armar *Un verdor terrible*, un libro lleno de encuentros azarosos. “En el primer texto aparece el inventor de la guerra química, en el segundo, un soldado sufre un ataque de gas que lo deja deforme, en el tercero, el padre del protagonista muere en las cámaras de gas; todos unidos por una bruma, a la que los gringos llaman *the fog of war*. Algo que no se refiere sólo a la guerra, sino a esa ceguera que nos recubre durante tiempos de incertidumbre (como el que estamos atravesando)”, describe.

“La palabra incalificable se repite al definir tu obra. ¿Hay tras de eso una búsqueda de originalidad?”

—Cuando algo es demasiado nuevo, la mente no es capaz de reconocerlo y rehúye, quiere escapar o calzarlo en una categoría conocida. Pero lo nuevo a veces se impone: eso les ocurrió a varios de los científicos que aparecen en mi libro, y que vivieron en carne propia el éxtasis y el horror de estar frente a

lo desconocido. Yo estoy muy lejos de eso, pero comparto algo con los personajes sobre los que escribo y es que en mis últimos libros he avanzado a ciegas, sin saber bien qué estaba haciendo. Ahí se corre un riesgo, puedes fracasar con estrépito, y te puedes perder sin vuelta, pero también dejas espacio para que otras cosas —el inconsciente, el espíritu de la época, tu demonio personal, las musas— pasen a través tuyo. Los géneros están ahí para darnos un marco que romper. Los mejores libros son “desgenerados”.

“Tu libro tiene un ritmo intenso, sin pausas, ¿se trata de imitar el vértigo que comparten tus personajes?”

—El vértigo es la marca de nuestra época. Yo lo sufro como todos. No es una decisión escritural, es más bien un padecimiento. Creo que todos lo sentimos: estamos desencadenados, libres de toda atadura, pero perdidos. Como el Martín pescador, cayendo en picada, entrando en el agua con los ojos cerrados, llenos de voluntad y energía, pero cegados por nuestra propia velocidad.

“Eres periodista y escritor, ¿qué rol juegan las ciencias en tu vida?”

—La ciencia y la literatura son dos formas de dotar al mundo de sentido. Llegué a la ciencia porque me interesan los fundamentos: eso te lleva de forma inevitable al sustrato más profundo de la ciencia, que son las matemáticas. Pero aquello que consideramos más importante —el misterio, lo sagrado, lo irracional, el sueño, el deseo—, para todo eso sirve la literatura, que es una hermana más loca, vieja y desdentada que la ciencia, pero también más sabia porque conoce el lado oscuro del alma mundi, su aspecto caótico, de una forma que la ciencia jamás podrá hacerlo. Uno no puede tragarse un telescopio o enfocar un microscopio en nuestros pensamientos para tener una visión más profunda de nosotros mismos: debemos subir a la luz, pero también debemos descender hacia lo irracional.

“Decías en una entrevista que te gustaría ser reconocido afuera, no aquí. ¿Sientes pudor?”

—La falta de pudor es uno de los grandes males de nuestra época. En eso, me siento bastante viejo: no quiero ser conocido ni reconocido. Nunca conocí las caras de mis escritores y escritoras favoritas cuando era joven. Es una lástima que eso haya cambiado. Pero creo que la única forma de lidiar con estas cosas es entender que uno es un *huevo* más, un escritor entre miles. Si te haces el lindo, si le dices “no” al mundo, a los medios, a la gente que se quiere acercar, te van a salir a cazar. Con palos y antorchas.

“Ante el interés que ha despertado tu libro en el mundo editorial europeo ¿cómo defines tu relación con el ego?”

Cualquier escritor que se exponga a los peligros de la literatura tiene que desarrollar un ego bastante sólido, porque esta es una vocación absurda y llena de trampas. Un ego sano es absolutamente necesario para escribir. Pero uno no escribe con el ego, sino con la parte de atrás del cerebro. Con el ego se edita. Creo que lo que te protege del éxito es la obsesión. Si escribes por compulsión, porque no te queda otra, vas a hacerlo toda tu vida, te vaya bien o mal. Lo demás es paja molida, pero una paja que hay que saber moldear para construir un fuerte, lo más sólido posible, que te proteja de ti mismo y de los demás. +